

La rebelión pretoriana

El complot fué fraguado en Canarias por el ex general Franco

Un periódico de Madrid publica una información sobre los orígenes, las dilaciones y adelantos finales de la rebelión pretoriana.

En ella dice que la iniciativa subversiva partió de Goded y suyo fué el plan y maniobras militares para el sitio y toma de Madrid. Franco aprobó el plan y llevó a él correcciones de importancia. Franco encomendó éste al general Amado Balme, que en octubre de 1934 mandó una de las columnas que actuaron en Asturias.

Como estaba previsto, se construyeron en la sierra trincheras, refugios para cañones, nidos de ametralladoras, sin escatimar material de los mejores.

El pronunciamiento se fijó en principio para después del 16 de febrero; si las elecciones tenían resultado desfavorable para las derechas. La rebelión debía iniciarse en Madrid y con mando Franco, Balme y Goded, el 18 de febrero; pero antes, alguien se anticipó y tomó disposiciones para evitar la subversión en el cuartel de un cantón



madriño. Un oficial y varias clases de esa unidad pusieron en conocimiento del Gobierno lo que se tramaba, así como del director general de la Guardia civil, general Pozas.

Al llegar al Gobierno Aznárez, Franco fué destinado a Canarias, donde se concentró gran número de antirrepublicanos ante las narices de los gobernadores de Tenerife y Gran Canaria, fraguándose el complot sin que éstos se enteraran.

Se decidió que el movimiento fuese a fines de agosto y se anticipó la fecha por tres motivos: el primero, un atentado frustrado contra Franco en el mes de junio, y en un acto en honor de la escuadra española, Franco pronunció en Tenerife un discurso amenazador que era casi una llamada a la acción rebelde.

En varias ocasiones hizo detener a líderes republicanos y obreros, saltando sobre la autoridad del gobernador civil, que no parecía inmutarse.

Una noche de julio dos trabajadores trataron audazmente de asaltar la habitación de Franco, en el Gobierno Militar, en Santa Cruz de Tenerife. Los detuvieron antes de que penetraran y se les condujo, no a la cárcel, sino a una fortaleza.

El segundo suceso fué la muerte de Calvo Sotelo.

Finalmente la muerte de Balme, en un accidente fortuito. Los fascistas no creyeron en tal accidente. Franco y Orgaz consideraron llegado el momento para iniciar los sucesos. Franco llegó a Las Palmas para asistir al entierro de Balme. Partieron por vía aérea agentes a Marruecos. March se presentó también en avión en Palma de Mallorca, y desde entonces empezaron a cursar órdenes.

¡Paso a la marcha triunfal del pueblo libertario!



por Jeremías

Pretender que luego de vencer al fascismo España quede socialmente como antes del 19 de julio, es desconocer la intensa magnitud del momento que vivimos, o abrigar escondidas intenciones de aprovecharse del enorme sacrificio del proletariado y erigirse en tirano felón.

De la España de antes del 19 de julio no ha de quedar nada. Absolutamente nada. Se entiende que hablamos de moral, de contenido social y político, del armatoste técnico de la economía capitalista, y de la enseñanza catolizante, negativa, falsa, castradora.

La España de antes, la que defendían y nos quieren imponer militares, curas y contrabandistas a lo March, representa la rapta capitalista, la sombra siniestra de Torquemada, y la prostitución de todos los valores espirituales. En la España de antes sólo había de bueno; como sarcástica paradoja, el dolor sordo del pueblo amordazado por el látigo y el hambre.

El rosario y la cruz no han de atormentar más los espíritus. Ni la espada. Ni el vampiro del capitalismo que allenta la explotación del hombre por el hombre. Esta bultruesca trilogía, compuesta por capital, militar y clero, han prostituido eternamente la vitalidad del pueblo productor. Y es precisamente para continuar su dominio sobre los cuerpos y las almas, que han desencadenado sobre Iberia la sangrienta tormenta que padecemos.

Por eso, de la España de antes del 19 de julio no han de quedar siquiera vestigios. Se ha de crear una España nueva. Completamente nueva: La España del trabajo. Una España libre de todo indetido vicioso que carcomía a la que estamos destruyendo con nuestra formidable sublimidad de espíritu. No hacerlo así resultaría inútil e incomprensible, ese talento vibrar de coraciones obreros en las trincheras, en un continuo y trágico torneo con la muerte.

El titánico esfuerzo de los hijos del pueblo no ha de ser, ni ser, para perpetuar lo caduco y causante de miserias y lágrimas, que a través de los siglos han torturado a los que han nacido en hogares miserios, para los cuales poseer pan es vana ilusión, aun después de ganarlo con el sudor de la frente.

Nuestra época no es como la «fernandista» o «felipense», en que llendaban los campos de cadáveres en la absurda tarea de quitar y poner reyes. Las manos proletarias no quieren tejer más telas de Penélope. Ni defender homicidas intereses capitalistas. Ese concepto de imbécil sacrificio es propiedad de las hienas fascistas. Nuestro batallar es de elevado sentido espiritual, porque no somos soldados automáticos ni cuarteles. Por estandarte tenemos un grandioso sol en cuyo vértice fulgura la palabra LIBERTAD.

Por eso esta guerra no puede compararse con la de nuestros antepasados. Ni mitificarla. Hemos tenido la virtud de convertir la guerra en revolución y hay que respetar el hecho consumado. Porque es la explosión de todas las evoluciones constreñidas por siglos de reacción.

No, España no puede quedar como antes del 19 de julio. La lucha es por la libertad, y no otro ha de ser el camino a seguir. Han sido los obreros quienes han empuñado las armas para librar a España de las hordas fascistas, por lo tanto, son los únicos con derecho indiscutible para disponer de los destinos de España. Y los únicos también, que con su formidable espíritu creador la harán grande, justa y libre.

¡Ay del traidor que intente desviar el sendero liberador! ¡Ay del político parlanchín que quiera escatimar el fruto de los combatientes! ¡Ay del que abrigue la sádica intención de implantar una dictadura, por más roja que sea! Contra ellos se volverán las bocas de los fusiles.

Que nadie enturbie las nítidas páginas donde el proletariado escribe, con sangre y vida, la nueva historia de la España nueva.

¡Paso a la marcha triunfal del pueblo libertario!



¡Adelante, camaradas, que cada día quedan menos!

¡Madrid! ¡Madrid!...

Por Fernando Valera

Cuando un pueblo tiene la voluntad de ser libre, nada ni nadie puede arrebatárselo su libertad. Y España ha demostrado que quiere ser libre.

El enemigo lo sabe ya. El viernes, día 6, por la noche, anunciaba por radio su entrada triunfal en la capital de España. El día 7 comenzó a recibir en el Ministerio de Comunicaciones, telegramas de madrugadores, dirigidos al general Franco, jefe del Estado fascista. Y, sin embargo, Madrid está en pie, mientras el enemigo se oculta en su emboscada, escondido como un ladrón, acechando un momento de flaqueza para salir a este pueblo sublime.

Y aun no se ha luchado en Madrid, donde cada casa sería un hormiguero de héroes. En el campo de batalla, el pueblo resiste y pelea; que sucedería cuando salieran de sus hormigueros ese medio millón de hombres enfermizados, ganosos de combate, inflamados de ideal, levantando el muro inexpugnable de sus coraciones?

Pero no hará falta llegar a semejantes extremos. Se ha dicho que Madrid será la tumba del fascismo; yo creo todavía que la tumba del fascismo se abre en los páramos del campo madrileño, en las afueras de la ciudad, a cuyas espaldas se levanta el soberbio mástil de Guadarrama, donde los ríos del otoño desplegaron ya los magníficos mármoles de sus primeras nieves.

¡Pueblo de Madrid! ¡Te ha deparado la Historia la gran misión de levantarte en esta hora ante el mundo, como el obelisco de la Libertad! Tú serás ser digno de tan excelso destino. Tú dirás al mundo cómo se despliegan los hombres; cómo luchan los pueblos; cómo triunfan las libertades. Tú dirás al mundo que sólo puede vivir libre el que sabe morir por la libertad.

¡Pueblo de España! Pon tus ojos y tu vo-



luntad y tus puños al servicio de Madrid. Acompaña a tus hermanos con la fe, con el pecho, con tus bienes, y si no puedes con nada de eso, con tus oraciones. Aquí, en Madrid, está la frontera universal que separa la libertad de la esclavitud. Es aquí, en Madrid, donde se ventila, entre dos civilizaciones, la gran pugna de su incompatibilidad: el amor, frente al odio; la paz, contra la guerra; la fraternidad de Cristo, contra la tiranía de la Iglesia.

Yo tengo en tierras de Valencia, bajo un cielo limpio y luminoso, sobre una tierra cálida, porque el sol la besa y el trabajo la fecunda, cuatro cunas de mis hijos pequeños, que no podrían vivir si les faltara el brazo fuerte de su padre. Quiero que sean libres y honrados, que puedan levantar la cabeza ante el mundo. ¡Ah! ¡Pero yo sé que es aquí, en Madrid, donde puede oponer ahora su padre el pecho desnudo, para ampararlos contra los miserables invasores de la patria! ¡Todos vosotros, ciudadanos de España, tenéis también empeñada en Madrid la causa de vuestros hijos y dais a dejarla perder sin combatir, como lo hacen las fieras cuando defienden las guaridas de sus hembras y sus hijos?

Aquí, en tierras de Madrid, tengo también un rincón ignorado donde yacen las cenizas de mi madre. No sé dónde está su tumba, porque mi madre era pobre. Quizá hay en el aire átomos de polvo que aun lleven algo de su espíritu... Todos vosotros, ciudadanos de Madrid, tenéis en esta tierra algo santo, que es ceniza, pero también alma. ¡No puede ser! ¡No será que plantas impías pisoteen las tumbas sagradas de nuestros muertos!

¡No puede ser! No será que los intrusos y mercenarios penetren, como heraldos del deshonor, en nuestros hogares. ¡No puede ser, y no será, que las aces sombrías de la intolerancia batan sus alas negras sobre la conciencia humana! ¡No puede ser, y no será! Hoy luchamos. Mañana venceremos. Y sobre las páginas de la historia universal, grabará el hombre un corazón, inmenso que diga: Este es Madrid. Luchó por España, por la Humanidad, por la Justicia, y con el manto de su sangre amparó a los hijos de todos los hombres del mundo.

¡Madrid! ¡Madrid!...